

Luis Orlando León
Carpio
Javier Alejandro
Brito Padilla

*Julián del Casal:
De la torre de marfil
a las calles habaneras*

Junto a Rubén Darío, José Asunción Silva, Manuel Gutiérrez Nájera, y su compatriota José Martí, la figura de Julián del Casal resuena desde la propia poesía con originalidad y un discurso estético único que le confirieron un merecido puesto dentro de la historia de las letras latinoamericanas. Resultó él un exponente genuino del Modernismo hispanoamericano, que aun catalogado de afrancesado, supo reconocer —y apropiarse (de)— las virtudes galas y arremeter contra el anquilosamiento percibido en la tradición española.

Casal comprendía, además, la necesidad de una manera nueva de escribir, y si bien se asentó en el grupo de aquellos que prefirieron encerrarse en la poesía desde la «torre de marfil», la «delgadez del cisne», la «copa con alas», o la «princesa de la boca de fresa», había una rama terrenal que lo obligaba a aterrizar sobre las calles habaneras y develar los secretos poéticos que esa ciudad, nueva a los ojos de los nuevos tiempos, le tenía deparada a los escritores modernos (y modernistas).

La realidad de la literatura obligaba a muchos intelectuales a ejercer oficios afines para comer, vivir y subsistir en la cotidianidad del ocaso del siglo XIX. El periodismo les daba la ocupación perfecta para la economía personal y las herramientas para su propio arte. No son desdeñables, por estas razones,

las influencias aportadas por el movimiento modernista al periodismo, sobre todo a esa nueva tradición de crónica periodística que estaba asentándose en estos lares del Caribe insular. Ya sabemos, aparte de actualizar y renovar la poesía y la poética en lengua española, que introdujo ciertas delicadezas en la prensa, particularmente en Cuba. Parece evidente que con Julián del Casal y algunos del grupo del diario *La Habana Elegante*, comenzó a proliferar un tipo de escritura caracterizada por un toque muy personal en la apropiación de los temas y un refinamiento artístico en la expresión.

El reconocido periodista, escritor e investigador cubano Luis Sexto reconoce esta influencia al decir que «la crónica, así, empieza a distinguirse, en manos de los modernistas, por ser una especie de capricho, como un dado puesto sobre la mesa por obra del azar. Con el modernista, los temas adquieren universalización: cualquiera sirve para responder la pregunta diaria o semanal del cronista: ¿De qué voy a escribir hoy? Y, en contrapartida cómplice, el lector preguntará antes de comenzar a leer: ¿De qué escribirá hoy el cronista? Lo preguntará, porque ya habituado a un autor y a un modo de hacer, el lector va exigiendo la presencia de esos textos libérrimos, inspirados, espontáneos que el cronista extrae de cualquier pretexto, aun del más trivial».¹

Y es precisamente esa trivialidad imperante en las calles de la urbe, ahora colosal, la que conmueve como nunca la pluma y el corazón de los escritores modernistas. Nuestro poeta tuvo que deambular por las calles capitalinas, y aun desde su aislamiento llegó a enamorarse de ella. Desde la carta a su amigo Esteban Borrero donde le afirma su predilección citadina, ya se vislumbra la influencia que ejercía sobre sí el hecho de plasmar en sus colaboraciones en diarios y revistas contemporáneos con él, la vida cotidiana de la urbe:

Hace unos días que llegué del campo y no había querido escribirle porque traje de allí muy malas impresiones. Se necesita ser siempre muy feliz y tener el espíritu siempre lleno de satisfacciones para no sentir el hastío más insoportable a la

¹ Ver en Luis Sexto blog personal, *Patria y Humanidad*, artículo «El origen modernista de la crónica en Cuba». En internet: <http://luisexto.blogia.com/2006/060201-el-origen-modernista-de-la-cronica-en-cuba.php>

vista de un cielo siempre azul, encima de un campo siempre verde [...] Lo único bello que presencié fue una puesta de sol, pero esas se ven en La Habana todas las tardes».²

Es este uno de los temas que brota a través de la pluma de Julián del Casal: lo urbano, la creación de una imagen de la ciudad, sobre todo de su ciudad de La Habana, vista por él como icono inamovible de civilización.

Con la intención de analizar la obra de este autor desde la perspectiva de la configuración del espacio urbano, y en especial las crónicas como un género significativo dentro del Modernismo, nos propusimos describir el tratamiento del espacio urbano en sus crónicas. Para ello fue necesario basar nuestro estudio en las características ofrecidas por el investigador uruguayo Fernando Aínsa, en el texto *Espacios del imaginario latinoamericano*, donde se hace referencia a elementos fundamentales para entender la imagen de la ciudad en la literatura. La investigación parte del libro *Crónicas Habaneras*, compilación de Ángel Augier, y los textos aparecidos en el libro de ensayos *El impuro amor de las ciudades* de Álvaro Salvador Jofre.

De París a La Habana

Una cuestión fundamental para entender la temática del espacio urbano en Julián del Casal, es establecer su proximidad con la poesía finisecular francesa o, como hiciera José Lezama Lima en su momento, hacer un bosquejo por los puntos en común que pueden reconocérsele provenientes del poeta Charles Baudelaire.

Es innegable su influencia en el cubano, si partimos, en primer lugar, de que la estética modernista fue deudora de los formalismos franceses y, aunque se distinguió de este con originalidad, la visión de la intelectualidad parisiense resultó engrandecida en Hispanoamérica, cuestión reconocida por los propios exponentes. Se sabe, por ejemplo, que Casal tradujo al menos 10 de los poemas en prosa del poeta francés. «Recibe, como un aluvión —de la misma manera súbita en que se produjeron los cambios más significativos de su vida— las últimas muestras de poesía finisecular francesa traídas por Aniceto

² Ver, Álvaro Salvador Jofre: *El impuro amor de las ciudades*, p. 23.

Valdivia, quien había regresado poco tiempo atrás de un viaje por Europa».³ Incluso, gustaba de citarlo para complementar sus percepciones de la ciudad, como en la crónica «Noches morosas» publicada el 15 de enero de 1890:

Vivimos condenados a girar perpetuamente, en el mismo círculo, sin saber escaparnos de él. Así la vida nos parece abominable, y brota incesantemente de nuestros labios impíos la súplica diabólica de Baudelaire: **O Satan! Aie pitié de ma longue misere.**

Lezama decía al respecto: «Casal se encuentra más cerca de un esteticismo moral (y por lo tanto también del decadentismo) que de una ética vital regida únicamente por los principios del arte».⁴

Según se refiere en un artículo incluido en el libro *El impuro amor de las ciudades* de Álvaro Salvador Jofre, Lezama inconscientemente hacía un reconocimiento pleno de la entrada de este autor a la literatura de Casal, o por lo menos de cuestiones típicas del francés como «la mujer fatal, el *spleen* y la necrofilia, además del tema del dandy y el decadentismo»,⁵ cuestión que acerca de una notable manera a ambos autores.

Fue Baudelaire el artista que no prestaba atención a las necesidades de un público, sino a las de perfeccionarse en su arte y nada más. Casal prefirió escribir sin ánimos de lucro, como cuando refirió en su carta a Esteban Borrero, fechada el 19 de marzo de 1891:

Ahora pienso buscar una habitación alta, aislada en una azotea, [...] porque pienso aprender a pintar [...] viviré entre libros y cuadros, trabajando todo lo que pueda literariamente, sin pretender alcanzar nada con mis trabajos, que no sea matar el tiempo [...]⁶

Baudelaire, típico escritor moderno, fue quien abrazó el incesante amor decadente a las ciudades que albergaban la misma

³ Ver, Colectivo de autores: *Historia de la literatura cubana*, p. 522.

⁴ Ver, Álvaro Salvador Jofre: *El impuro amor de las ciudades*, p. 148.

⁵ Ver, Carmen Ivette Perez: «Julián del Casal y el poema en prosa modernista», en *El sol en la nieve*, p. 54.

⁶ Citado en Santiago Daydí: «Pluma o pincel: tensiones entre la voz y la mirada de Casal», *El sol en la nieve*, p. 61.

condición del sentimiento profesado hacia ellas. Como Casal, quien refiere en verso: *Tengo el impuro amor de las ciudades/ Y a este sol que ilumina las edades/ Prefiero yo del gas las claridades.*

Julián del Casal por las calles habaneras

Como ya habíamos anunciado con anterioridad, la labor periodística de Casal influyó sobremanera en la perspectiva citadina que el poeta plasmaría, además de en la poesía, en las crónicas dirigidas a importantes diarios y revistas de la época, puesto que «quienes han estudiado la poesía de Casal, han tenido que reconocer que a pesar de su sentido abstracto, posee valores plásticos muy concretos. Esa calidad de su temperamento se deja ver enseguida en esos artículos en los que oficia de retratista [...]».⁷

Se hacía habitual encontrar los esbozos de *La sociedad de la Habana*, como él mismo titulara la serie de artículos donde describía la aristocracia cubana y sus costumbres cortesanas, en importantes órganos de prensa como *La Habana elegante*. Pero también encontraron espacios sus escritos en otros periódicos como *La lucha*, *El fígaro* y *La discusión*. Para 1890, sus más importantes crónicas se compartían entre *La Habana elegante* y *El país*, donde la pluma del periodista logró captar ese mundo moderno que le ofrecía su ciudad finisecular.

Esa urbe de fin de siglo, ahora inmensa, compartía nuevas desolaciones y el tradicional conflicto civilización-barbarie cobraría, por primera vez, un matiz que influiría como nunca en las letras hispanoamericanas.

De aquí se desprende una de las principales características de los escritos de Casal sobre la ciudad, la manera de captar esas nuevas transformaciones citadinas en pos del desarrollo y la modernización de las que el propio autor era completamente partidario, y que se reflejaba en los establecimientos nocturnos que representaban la cuna de las nuevas relaciones sociales, ya fueran cafés, bulevares, restaurantes, parques o bares. El propio artista describiría esa sensación nocturna de la ciudad, en la publicación del 26 de diciembre de 1889, en el periódico *La discusión*, titulada «Noche y Mañana»:

⁷ Ver, Ángel Augier: Introducción al libro *Crónicas Habaneras*, p. 13.

En el parque central [...] en las calles céntricas, donde las tiendas se hallan abiertas y deslumbradoramente engalanadas, en el interior de los cafés [...] los grupos eran más numerosos, las carcajadas más sonoras y la alegría más comunicativa.

El escritor habanero nació el año en que la capital antillana expandió sus fronteras, fueron destruidos los muros de la actual Habana Vieja, para fusionarse con algunas poblaciones aledañas. El resultado aglomeró a un sinnúmero de personas dentro de una ciudad que crecía no solo en su área, sino en su concepción como centro del universo humano.

De esta manera aparece lo que para el autor Álvaro Salvador Jofre es una característica fundamental dentro de las transformaciones ciudadinas finiseculares, y que se aviene al citado conflicto civilización-barbarie: las muchedumbres, las multitudes, que ahora más que nunca tienen a la ciudad para desarrollarse.

Las transformaciones ocurren, «de una parte hacia una gran masa de proletariado, y de otra hacia las clases medias, que serán aquellas que movían el comercio y ocupaban importantes empleos, las que leían el periódico, las que usaban el tranvía, las que conversaban en los cafés [...] empezaban a ir al cine y a leer libros, de ellas se desprenderían los intelectuales del siglo XX».⁸

Casal percibió estas características en su Habana natal, en una ambivalencia que le atribuía a las aglomeraciones de personas, ya fuera por la curiosidad que le fecundaba sus ideas, como en la crónica publicada el 24 de diciembre de 1889 en el diario *La discusión* dedicada a las festividades de Nochebuena, donde en una primera parte describe las multitudes en dichas solemnidades:

[...] lo que más se divierte esta noche es el pueblo bajo de la capital [...] Las turbas invaden las aceras, deteniéndose absortas ante las vidrieras de los establecimientos [...] penetran en las tabernas atiborrándose de alcohol, entran a los teatros [...] se refugian en los templos católicos, donde escuchan las misas de medianoche, no con místico recogimiento, sino con la curiosidad silenciosa de los que van a un espectáculo que solo presencian una sola vez.

⁸ Ver, Álvaro Salvador Jofre: *El impuro amor de las ciudades*, p. 154.

Ya fuera finalizando el escrito, donde un sentimiento desolador empapa su pensamiento con respecto a esa turba de personas:

¡Feliz el hombre que puede, en semejante noche, sentarse a la mesa de su hogar, cubierta de limpio mantel, cuya blancura inmaculada solo cortan los manjares humeantes, mientras los seres queridos se agrupan a su alrededor [...]

¡Triste el artista solitario que, ahuyentado por la algarabía callejera [...], se guarece temprano en su desmantelada buhardilla, sin que el estruendo de la muchedumbre hormigueante le permita hojear en silencio sus libros favoritos, concluir el poema empezado o verter sus lágrimas amargas!

Y se hizo la luz...

Pero, en la lírica de las letras de Casal, influyó desmedidamente una de las transformaciones más radicales de su época, y que encuentra en Cuba una capital próspera con ansias de esplendor al estilo parisiense. El descubrimiento de la electricidad, y la revolución que ello conllevaría en el estilo de vida urbano, deslumbrarían la lira del escritor finisecular cubano. Casal encuentra una Habana más engalanada, esplendorosa, iluminada como nunca antes lo había imaginado. El siguiente ejemplo es extraído del trabajo publicado en *La Habana elegante*, el 9 de abril de 1893:

Al fulgor plateado de ardiente lámpara eléctrica, colgada de grueso hilo de acero, cuya luz produce, en ciertos momentos, sordo rumor semejante al zumbido de un enjambre de moscas aprisionadas en fina urna de cristal, se ven surgir sobre el pavimento inmundo, fangoso y encharcado del lugar, en el sitio del reciente incendio, los escombros amontonados del edificio destruido por las llamas. Unos quedan a la sombra otros a la luz [...]

[...] A través de los resplandores de foco eléctrico, parece que las gotas forman ancha cortina de hilos de cristal, invisible en la sombra e irisada en la luz [...]

Ese esplendor lumínico de las calles y edificios, que ahora hacen una perspectiva diferente de la ciudad nocturna, llega hasta todos los aspectos de la vida del hombre y cambian el modo de ver los objetos, los sentimientos, las personas.

El investigador uruguayo Fernando Aínsa habló de la Extensión e Intensión del espacio vivido, que no es más que la relación entre lugares y experiencias vividas. La ciudad se ratifica como lugar personalizado pues el individuo, en este caso el cronista, le imprime a los lugares de su realidad inmediata un significado propio.

La ciudad, producto del trabajo humano, evidencia sus rasgos, sus etapas, y por tanto, el significado ciudadano es inseparable de la conciencia del que lo percibe. Fernando Aínsa establece que el espacio urbano no es neutro, pues se fusiona con exterioridad e interioridad. Entonces «el territorio se mide, divide y delimita para su apropiación a partir de nociones como trazado, horizonte, límite, y por sobre todas las cosas en espacio privado y espacio público».⁹ La luz eléctrica denotó un cúmulo de significados nuevos al artista finisecular que definieron esas maneras de expresarse en sus espacios ciudadanos, como en la crónica «Noches Morosas», publicada el 13 de enero de 1890:

Todas las noches en La Habana son iguales. Siempre vemos el mismo cielo tachonado de los mismos astros, aspiramos el mismo ambiente, impregnado de los mismos olores, recorremos las mismas calles alumbradas de los mismos mecheros.

El modernismo en América Latina, desbordante en la poesía, lleno de iconos sublimes y excelsos, encontraba una realidad más terrenal en las crónicas de Julián del Casal. El escritor tenía que descender de su torre de marfil para recorrer las calles, y supo captar casi fotográficamente la vida, más bien nocturna, de la ciudad de las dos últimas décadas del siglo XIX. Para ello los principios modernistas también sirvieron de abono a los sentimientos del autor a la hora de plasmar en tinta y papel su percepción del mundo. En los ejemplos hasta ahora expuestos hemos podido constatar varias características modernistas, como esa doble naturaleza del lenguaje, a la que Rubén Darío definiría así, «cada palabra tiene un alma» más allá de su significado común.

En su escrito «En el mar, a bordo del Orizoba», del 7 de marzo de 1890, existe un significado desde los interiores, donde se establece la preocupación por el espacio, típica de la literatura

⁹ Ver Fernando Ainsa: *Espacios del imaginario latinoamericano*, p. 163.

del final decimonónico: «[...] abriéronse las luces eléctricas, cuyos hilos dorados, al filtrarse por los bombillos — semejantes a blancos tulipanes, fileteados de azul —, hicieron fulgar los vinos, centellear los cubiertos y espejear el terciopelo de los muebles».

Y también una primacía por los exteriores y esa doble oscilación, esa ambigüedad con que gustaba de interpretar su mundo, típica de los modernistas, se evidencia en la crónica «Semana Santa, la retreta», de 5 de abril de 1890:

Espectáculo enfermizo y monótono [...] se ven pasar confundidas, con incesante uniformidad, personas de todas las clases sociales. Tales promiscuidades son repugnantes. Al lado de una dama virtuosa pasea una meretriz, al de una niña inocente, un colegial en vacaciones, al de un caballero respetable, un desertor de presidio [...]

Otra característica define los escritos de Casal. Se evidencia el gusto por el imperio de lo urbano dentro de una cosmovisión signada por esos grandes cambios expuestos anteriormente. Aun por necesidad de trabajo en los periódicos con los que colaboraba, por curiosidad y ansias de saciarse como escritor, por interés como humano, Julián del Casal se sintió impresionado por cada característica de su Habana y quiso describirla cabalmente. Y si bien la poesía después llevaría hasta la máxima expresión aquellas imágenes excelsas que veía en la cotidianidad, ya desde su periodismo encontraba el punto de fuga para describir tales impresiones.

Casal, como otros escritores, va a ser responsable de la *modelización* de la ciudad descrita en sus obras, y cumple una función primordial de comprensión y de síntesis, tal como caracteriza Fernando Aínsa en su libro *Espacios del imaginario latinoamericano*. Para ello los autores se ven muchas veces necesitados de no hacer una representación realista de las ciudades «con descripciones detalladas de calles, edificios y plazas correspondientes a las urbes, ya sean reales o de ficción»,¹⁰ sino de construir un modelo acorde con su percepción de esa ciudad.

Se puede observar esa intención por modelizar en la crónica publicada el 12 de mayo de 1890, en el diario *La discusión* titulada «Croquis femenino»:

¹⁰ Ver Fernando Aínsa: *Espacios del imaginario latinoamericano*, p. 169.

Durante esos paseos, largos como el día o breves como el crepúsculo, ha deslumbrado siempre mis ojos, con su fachada elegante y con su decorado exótico, una casa sencilla, nueva y pequeña, digna de engastarse, como perla arquitectónica, en la cadena de palacios del barrio más aristocrático de la capital. Tiene el perfume de un cofre y la apariencia de un santuario consagrado a la voluptuosidad. Parece ornada como el hotel Pinodan, para favorecer las sugerencias del opio tomado a grandes dosis [...]

Indiscutiblemente el escritor se siente atraído por una arquitectura novedosa, al parecer perteneciente a las nuevas tendencias que regirán las décadas venideras y que ya van calando en el entorno habanero. Ve en una casa *sencilla, nueva y pequeña*, las herramientas para una nueva imagen de su ciudad como icono de civilización, como modelo.

Durante sus fértiles 30 años (1863-1893), Julián del Casal produjo una importante literatura que se puede sintetizar en la poesía renovadora de la lírica hispanoamericana, y un periodismo donde la imagen de la ciudad de La Habana enardecía sus tropos y temáticas con una calidad y perspicacia, que lo llevaron a comprender esa sociedad «inculta e indiferente» — como la calificara Samuel Feijóo — en una estampa de imágenes nunca antes descritas. Tuberculoso, tenso, esperando una muerte casi segura, la vida le deparó una ironía, cuando cenando en casa del doctor Lamadrid un ataque de risa le reventó un aneurisma cerebral. Así, el poeta decadente, de la tristísima torre de marfil, terminó su historia con algo tan vulgar y cotidiano como una carcajada, tal vez, mientras la luz de un bombillo eléctrico alumbraba su rostro, o los sonidos de la turba incesante de personas entraban por la ventana de la casa, junto a la alegría venida de los cafés, del boulevard, o de las *noches morosas* de la capital cubana.

De esta manera podemos concluir que la literatura de Julián del Casal no puede ser analizada solo desde la perspectiva del aislamiento que caracterizó su pluma modernista en la poesía, sino que su obra es más rica en cuanto a variedad temática, donde la imagen de la ciudad aflora de manera recurrente como recurso para la construcción de una perspectiva personal de su ciudad y sus dinámicas cotidianas.

El asunto de la imagen citadina cobra en él un matiz esencial nunca antes percibido, como recurso proveniente de la poesía finisecular francesa que englobó los cambios del pensamiento humano de toda la centuria, y sus representantes más significativos irradiaron con un fulgor de alcance universal. Allí figura la pluma de Charles Baudelaire, que irradia a Casal, y le obsequia nuevas temáticas e imágenes en géneros novedosos, como la prosa poética, que se reflejarían en sus crónicas de una manera abrumadora.

Casal, así, se convierte en un ejemplo de cronista de su tiempo. No por gusto es definido hoy como uno de los pioneros del género crónica periodística en Cuba. Afloran en su obra temas ciudadanos que se nutren de las tipicidades del conflicto civilización-barbarie, propio de los escritores finiseculares decimonónicos. Así, hace alusiones al tema de las muchedumbres y la repercusión de estas en las ciudades modernas. Además, a la electricidad como revolución de la ciencia que cambiaba el modo de percibir el mundo citadino.

Mediante el empleo de elementos abordados con posterioridad por Fernando Aínsa en su libro *Espacios del imaginario latinoamericano*, tales como la extensión e intensidad del espacio vivido, y la modelización urbana, Casal nos va conformando un reflejo de la ciudad que ve, desde un ángulo íntimo y crítico, nos muestra cómo los cambios ocurridos en su tiempo imprimen una mirada nueva en los intelectuales, vista desde la perspectiva modernista: nuevos locales nocturnos donde se reúne el populacho, nuevos trazados y nuevas tecnologías que hacen que la ciudad tenga un esplendor nunca visto.

Bibliografía

- AÍNSA, FERNANDO (2002): *Espacios del imaginario latinoamericano*, Arte y Literatura, La Habana.
- COLECTIVO DE AUTORES (1999): *El sol en la nieve: Julián del Casal*, Fondo editorial Casa de las Américas, La Habana.
- COLECTIVO DE AUTORES (2005): *Historia de la literatura cubana*, t. 1, Letras Cubanas, La Habana.
- CASAL, JULIÁN DEL (1963): *Crónicas Habaneras*, Dirección de Publicaciones de la Universidad Central de Las Villas, Santa Clara.

SALVADOR JOFRE, ÁLVARO (2002): *El impuro amor de las ciudades (notas acerca de la literatura modernista y el espacio urbano)*, Fondo editorial Casa de las Américas, La Habana.

SEXTO, LUIS (2006): *El origen modernista de la crónica en Cuba*, blog personal del autor «Patria y Humanidad». En Internet: <http://luisexto.blogia.com/2006/060201-el-origen-modernista-de-la-cronica-en-cuba.php>